

PERSPECTIVAS DE FUTURO Y MUNDOS ESCOLARES EN LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL PASAJE A LA SECUNDARIA DE JÓVENES DE ZONAS RURALES

Mónica Uanini *

Resumen

“Pasar a la secundaria”, o “hacer la secundaria” es una práctica instituida en grandes sectores de población de nuestra sociedad. De todos modos, sigue siendo un nivel del sistema educativo que define una frontera para muchos infranqueable. Entre estos muchos, los jóvenes de zonas rurales representan un sector cuyas condiciones de acceso al nivel merece consideraciones particulares.

Desde 1995 nos interesamos en investigar las realidades desde las cuales y con las cuales dichos jóvenes y sus familias afrontan la posibilidad de seguir estudiando, luego de haber concluido los estudios de nivel primario. Nuestros interrogantes refirieron al *cómo se construye el pasaje o el no pasaje a la secundaria*. Entendido como construcción social, su estudio supuso atender a los procesos y significaciones a través de los cuales las familias en sus contextos resuelven que los hijos realicen este pasaje. Implicó además atender a los recursos y las estrategias desplegadas a fin de concretarlo, así como las condiciones sociales que lo acompañan, constriñen y hacen posible .

En esta ponencia, nos centraremos en dos aspectos del objeto abordado. Por un lado, expondremos las significaciones en cuya trama el hacer la secundaria adquiere cierto lugar en las perspectivas de los padres respecto del futuro de los hijos. Por otro lado, nos interesa bosquejar algunas de las dimensiones de las realidades escolares en las que se concreta el pasaje, en la medida en que dichas dimensiones se manifestaron como significativas en la estructuración de la experiencia de pasaje de los jóvenes de cuyos procesos realizamos un seguimiento.

“Pasar a la secundaria”, o “hacer la secundaria” es una práctica instituida en grandes sectores de población de nuestra sociedad. De todos modos, sigue siendo un nivel del sistema educativo que define una división de aguas, una frontera para muchos infranqueable. Entre estos muchos, los jóvenes de zonas rurales representan un sector cuyas condiciones de acceso al nivel merece consideraciones particulares.

Desde 1995 nos interesamos en investigar las realidades desde las cuales y con las cuales dichos jóvenes y sus familias afrontan la posibilidad de seguir estudiando, luego de haber concluido los estudios de nivel primario. Para ello, comenzamos nuestro trabajo de campo en tres parajes rurales del noreste cordobés, parajes situados respectivamente en el borde y la confluencia de los departamentos Colón, Totoral y Río Primero.

* Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades. U.N.C.
e-mail: monicauf@ffyh.unc.edu.ar

Nuestros interrogantes refirieron al *cómo se construye el pasaje o el no pasaje a la secundaria*, entendiendo por pasaje el proceso por el cual los sujetos se insertan en contextos sociales novedosos en relación con aquellos con los que se encuentran familiarizados, y que suponen por lo tanto algún tipo de acomodación de sus percepciones y prácticas. Entendido como construcción social, su estudio supuso atender a los procesos y significaciones a través de los cuales las familias en sus contextos resuelven que los hijos realicen este pasaje, al entender que los mismos constituyen puntos de partida desde los que se definirán posibilidades, direcciones y sentidos de dicha experiencia. Implicó además atender a las estrategias desplegadas a fin de concretarla, así como las condiciones sociales en las que tales pasajes se concretan.

En esta ponencia, nos centraremos en dos aspectos del objeto abordado. Por un lado, expondremos las significaciones en cuya trama el hacer la secundaria adquiere cierto lugar en las perspectivas de los padres respecto del futuro de los hijos. Por otro lado, nos interesa bosquejar algunas de las dimensiones de las realidades escolares en las que se concreta el pasaje, en la medida en que dichas dimensiones se manifestaron como significativas en la estructuración de la experiencia de pasaje de los jóvenes de cuyos procesos realizamos un seguimiento.

Pasajes

La zona en la que transcurrió nuestro trabajo de campo es una zona dedicada a la explotación agropecuaria extensiva. Predominan el cultivo del maíz y la cría de ganado vacuno, y en menor medida de porcinos y caprinos. Algunas aves de corral aportan al consumo doméstico. Se trata fundamentalmente de explotaciones familiares, propietarios o arrendatarios cuyos predios no superan las 100 hectáreas. Sus habitantes no cuentan —a pesar de muchas gestiones realizadas—, con los beneficios de la energía eléctrica. El agua se extrae mediante molinos y bombas, y no existen sistemas de riego. No transita sus caminos ningún medio de transporte público.

Una condición que ordena la dinámica de la construcción del pasaje y el conjunto de sus dificultades en el caso de los jóvenes de la zona estudiada, es el hecho de que *pasar a la secundaria no es sólo pasar a la secundaria*. Es también *irse* a la ciudad, y por lo tanto, dejar la familia y el trabajo en el campo para insertarse en un medio social diferente. Asimismo, no sólo es afrontar la extrañeza de un nuevo entorno social, sino además hacerlo solos.

Esta condición trae aparejada una serie de obstáculos a salvar que resultan ajenos para quienes pasar a la secundaria se reduce a la mudanza de un nivel a otro del sistema educativo. Costos económicos de traslado y residencia innecesarios para quienes cuentan con escuela en la localidad en que habitan; costos relativos a la pérdida del hijo como mano de obra en una economía doméstica que se sostiene con el aporte de trabajo de todos los miembros de la familia; costos de otro orden, referidos al impacto subjetivo que produce la separación de lo que antes estaba unido. La unidad familiar en el caso de las familias estudiadas, guarda un carácter diferente a la realidad de las familias urbanas. ¿Porqué? La unidad familiar no se sostiene sólo desde la consanguinidad y la cohabitación. Los miembros de la familia también trabajan juntos, lo que configura un cotidiano en el que la proximidad de los padres y los hijos es sólo interrumpida por la partida de

los hijos a la jornada escolar en la escuelita rural. Los padres siempre están *al alcance*, y siempre más al alcance que cualquier otro agente social. A esto debemos agregar la condición de *aislamiento* en la que viven las familias. No existe la vecindad urbana, y los chicos no tienen veredas en las que juntarse con los amigos de la cuadra. Son kilómetros y no metros los que separan una vivienda de la otra. La conjunción familia-trabajo-aislamiento refuerza el carácter aglutinante de la familia; en el entramado de estas condiciones se estructura un cotidiano en el que se construyen subjetividades para las cuales la familia es la institución social, el referente social y el vínculo predominante. Por ello cuando decimos que la secundaria separa lo que antes estaba unido, el unido aquí remite a algo diferente a la unidad familiar en las condiciones sociales de existencia urbanas, en las que el mundo social cotidiano de los niños se sostiene y entreteje en múltiples ámbitos que trascienden ampliamente el mundo familiar.

Estas condiciones, y las disposiciones que se construyen por exposición sistemática a las mismas, atraviesan las discusiones, decisiones y prácticas referidas al pasaje a la secundaria. Pasaje a la secundaria entonces, pero pasaje a la ciudad también, y pasaje de un mundo social donde el niño/adolescente convive con la familia a otro mundo social sin la presencia cotidiana de sus miembros.

Irse, volverse o desenvolverse

Nos interesa ahora abordar cómo, desde esta urdimbre, es contemplada la posibilidad de que los chicos se vayan al "pueblo" a seguir estudiando. Se trata de descubrir perspectivas, significaciones, coordenadas en las que la secundaria adquiere sentido —o lo pierde—, como horizonte de futuro para los chicos. En su alquimia se construyen los primeros movimientos visibles del posible pasaje a la secundaria.

Las significaciones que nutren la perspectiva de los padres en torno a la secundaria encuentran algunas de sus fuentes y sus bordes en al menos dos condiciones y procesos estructurales y estructurantes. Los mismos son de diferente naturaleza, son diferentes sus magnitudes y alcances, pero ambos sitúan los vértices desde los que se definirán los ángulos de visión. De una parte, procesos que refieren a la reproducción social de las explotaciones familiares y de los trabajadores rurales (A). De otra, las mediaciones y complicaciones que en relación con tales procesos introduce el hecho de que la posibilidad de la secundaria implica la separación del hijo del medio familiar (B).

A) El progresivo deterioro de las condiciones productivas de la zona en lo que refiere a los pequeños y medianos productores y trabajadores rurales, las dificultades cada vez más acentuadas para sostenerse y reproducir en las nuevas generaciones las condiciones de vida que alcanzaron los padres, el aislamiento, la pérdida de centros de abastecimiento, las migraciones hacia las ciudades, dan cuenta de procesos en cuyo movimiento se han resquebrajado las condiciones de posibilidad y las garantías de anteriores horizontes de futuro, abriéndose intersticios por los que asoma la idea de enviar a los chicos a que sigan estudiando. Claro está que estas condiciones no afectan a las familias del mismo modo, ni se convierten mecánicamente en búsquedas de futuros alternativos al campo, ni se orientan exclusivamente hacia la generación de estrategias que contienen el hacer la secundaria como su contenido principal.

En relación con este ángulo de visión, la secundaria puede adquirir el sentido de ser un medio para salir del campo y garantizar un futuro en la ciudad. Los saberes de la secundaria aquí aparecen como necesarios para asegurarse a posteriori un trabajo en los centros urbanos. En algunos casos, esta alternativa está ligada al futuro de la mujer. En tanto la herencia nativa es la tierra, y su " heredero natural" el varón, —que no necesita de la secundaria para aprender a lidiar con una tierra que trabaja desde niño—, es a las mujeres a quienes el futuro en el campo se les vuelve incierto, más aun cuando tampoco quedan demasiados varones en el campo que considerar como potenciales consortes en una vía reproductiva que se asentare exclusivamente sobre el matrimonio. Pero también es una herencia alternativa, para algunos padres, en el caso de que sean varios los hermanos varones, y la tierra a dividir en la herencia no garantice la subsistencia de cada uno de ellos y de sus respectivas futuras familias.

En otros casos, la secundaria no constituye un camino que prefigure la partida futura del campo, aunque tampoco se la considere como una instancia proveedora de saberes que se anticipen como útiles en relación con los procesos productivos en la zona. Aunque irse a la secundaria en estos casos puede incluir el regresar al campo una vez finalizado su cursado, aquello que se considera que la escuela secundaria provee es algo del orden de lo que algunos padres llaman "desenvolvimiento". En efecto, la secundaria parece ofrecer aprendizajes relevantes en el orden de la resolución de lo interactivo en espacios públicos y en los procesos de comercialización. Un lenguaje, un modo de entablar conversaciones en escenarios públicos con desconocidos, con autoridades, con "gente de la ciudad", la capacidad para entender códigos interactivos diferentes de los habituales en el campo, llena de contenido esta demanda de que aprendan a desenvolverse, demanda que surge de la falta que emerge en las interacciones de los padres en los momentos de la comercialización de sus productos o de establecimiento de tratos o acuerdos productivos en los que en más de una ocasión se han visto embaucados. Aprender a desenvolverse se relaciona con cierto *savoir faire* que compromete el lenguaje y el cuerpo, que supone el animarse, el perder el miedo y la vergüenza frente a cierto tipo de espacios y agentes sociales, a la vez que la adquisición de cierta destreza para nos ser engañados.

B) Para cualquier joven, hacer la secundaria supone disponer de tiempo, implica destinar tiempo cotidiano a la asistencia a la escuela y a las tareas escolares en la casa. Para las familias de Nintes y los otros parajes, significa sustraer *todo* el tiempo del hijo respecto del tiempo familiar, en tanto hacer la secundaria supone el irse del campo, vivir en "el pueblo", y no regresar a la vida familiar sino los fines de semana. Esto abre una encrucijada en las trayectorias, en la de los chicos, pero también en las de las familias como unidades al mismo tiempo afectivas y productivas. La terminación del cursado de la primaria, deja a los chicos un tiempo libre hasta entonces ocupado en la escuela, tiempo que potencialmente puede reapropiarse la familia para la ayuda en el trabajo productivo en el campo. Es la posibilidad de sumar brazos a las tareas rurales. Enviar los chicos a la secundaria pone en tensión esta posibilidad. Pero no sólo se tensiona las condiciones de continuidad de la organización productiva de la unidad doméstica. Mientras la escuela primaria no quebraba la permanencia de los chicos en el seno de las familias (la casa familiar, el campo, seguía siendo el espacio de residencia), la escuela secundaria, por el contrario, trae consigo la separación del hijo del cotidiano familiar, el cambio de su lugar de residencia, y el trasvasamiento a otros mundos sociales e intersubjetivos en los que la

presencia y el control de la propia familia se ve mediada por la distancia geográfica y social. Rompe el *nosotros* (Schutz, 1977; Elías, 1990)) que la escuela primaria permitía sostener, introduce la distancia en ese nosotros, quiebra la copresencia diaria, instala cotidianamente la lejanía en lo que antes era próximo. Esta otra dimensión de la problemática está entre los contrasentidos que intervienen en las discusiones de las mesas familiares. No sólo se puede perder la *ayuda* del hijo, se puede *perder al hijo* por “las malas juntas”, extraños que pueden encontrarse en la calle e introducirlo en prácticas que merecen la condena moral de las familias de la zona. La *calle* es el espacio urbano que conjuga todos los temores de los padres. Mientras para muchos padres en la ciudad el hecho de que los hijos asistan a la secundaria constituye una tranquilidad en la medida en que la escuela es percibida como un espacio protegido, un aislante del tiempo perdido en la calle, y de sus peligros, para los padres de la zona rural que abordamos, la secundaria trae una serie de riesgos. El campo es una geografía sin calles. Sólo caminos. Las calles son vías de tránsito, pero también espacios donde se comercia, se exhibe, se conversa, se está. Pueden ser puntos de reunión. Se convierten en ‘lugares’ en el sentido que a este término le da Marc Augé (1996). Y el camino campestre es un lugar por donde se transita, pero no donde se permanece. No hay verjas ni esquinas donde reunirse y escudriñar a los que pasan. No hay vidrieras que mirar mientras se pasea. No proliferan los peatones. Hay puntos de cruce más que lugares de encuentro. Para los sujetos urbanos, para sus cotidianos, la calle ocupa el lugar que para los padres de la zona rural estudiada tiene el campo. En la ciudad, la calle es el *afuera de la casa* y la casa es el espacio familiar; la calle es una *afuera* del territorio familiar, al menos para las familias que viven en casas. En el campo, aunque el predio es un *afuera* de la casa, es al mismo tiempo su continente; es el *afuera* de la casa pero no el *afuera* familiar. Es un territorio de la familia, es el lugar de la familia. No así la calle, ese longilíneo espacio público, transitado por todos y cualquiera. Por otra parte, *el campo es un afuera con trabajo. La calle aparece como un afuera donde se pierde tiempo*, donde no se hace nada. Donde, además, puede perderse lo aprendido en el campo, lo enseñado por la familia. La calle es inquietante; amenaza aquello que se cultiva y preserva en estas familias rurales: el trabajo, el respeto a la autoridad de los padres....

El hijo puede perderse moralmente, pero también puede perderse su compañía. Es el caso de hijos únicos, o de los más pequeños cuando los demás han abandonado ya la convivencia con los padres. Defensa frente a la soledad y el aislamiento, este papel de compañía también puede ser considerado como preferible frente a la alternativa de enviar a los hijos a la secundaria urbana.

Aunque las decisiones de las familias hayan inclinado la balanza por el sí o por el no a este “seguir estudiando”, aunque la decisión se tome como una en cada familia, las perspectivas sólo pueden abordarse en plural. En tanto la apuesta por la secundaria no es algo ya naturalizado como parte de las trayectorias de los jóvenes los pareceres de los integrantes de las familias no se encuentran necesariamente unificados ni son homogéneos. Nuestra intención en este apartado ha sido el de presentar la variedad de sentidos que convoca la posibilidad de la secundaria. Perspectivas en juego, entonces, cuando no en lucha, anteceden y pueden hacer temblar la balanza antes de que la misma se incline definitivamente hacia uno de sus costados.

Pasajes y Mundos Escolares.

La inscripción en una escuela de nivel medio no resuelve por sí misma el proceso que conlleva el construirse y sostenerse como estudiante de la secundaria, aprender el oficio de estudiantes una vez puestos los pies en las aulas y los patios del colegio... y en las calles de la ciudad. Las escuelas secundarias y las ciudades en las que se encuentran emplazadas no son meramente espacios físicos, sino contextos socialmente estructurados y estructurantes, con dinámicas para las que los sujetos pueden estar más o menos preparados o frente a las cuales pueden quedar más o menos sorprendidos.

Las escuelas son microcosmos sociales entre cuyos muros transcurre cotidianamente al menos una porción importante de la jornada de un conjunto de sujetos. Pequeños o grandes mundos que en la convergencia de una diversidad de procesos y de sujetos, de condiciones y de prácticas, se constituyen, a pesar de las características universalmente compartidas, siempre en espacios sociales singulares, con sus historias y sentidos peculiares. Parafraseando un refrán popular, podríamos decir que cada escuela es un mundo.

Estos mundos, sus tramas, la vida interactiva que allí se juega en el encuentro cotidiano de una variedad de sujetos, sus reglas, sus permisos y prohibiciones, sus cercos y recovecos materiales y simbólicos, sus autoridades y sus desautorizaciones, ordenan la experiencia de los alumnos, sin, por supuesto, permanecer indemnes frente al embate de las prácticas de estos últimos. Si, como, sostiene Bourdieu (1999), "no hay experiencia de la posición ocupada en el macrocosmos social que no esté determinada o, al menos, no sea modificada, por el efecto directamente experimentado de las interacciones sociales dentro de esos microcosmos sociales", entre los cuales cabe incluir a las escuelas, nos preguntamos por las condiciones con las que los jóvenes rurales tienen que habérselas en su ingreso a estos mundos, y de qué manera se juega allí la construcción del pasaje. La organización del tiempo y el espacio; la composición social del alumnado; las relaciones de los agentes escolares con las características de la experiencia social y escolar de los alumnos que recibe; las posibilidades de reconocimiento, por parte de los agentes escolares de los procesos que atraviesan los chicos provenientes de las zonas rurales (cuestión que tiene sin duda, como condición material, cierta relación entre número de alumnos y número de adultos en posición formativa), son entre otros aspectos algunos de los que fuimos descubriendo como relevantes por sus efectos en el pasaje.

Dentro de la región alcanzable por los medios de transporte con que cuentan los padres, nos encontramos con tres polos urbanos que se convierten en potenciales oferentes de establecimientos secundarios para los jóvenes de nuestros parajes. Dentro de la diversidad de instituciones que nutren el espectro, tomaremos dos casos en tanto fueron estas dos instituciones las más recurrentemente elegidas por las familias con las que realizamos nuestro estudio.

Una de ellas se trata de un ex IPEA (Agrotécnico provincial), que cuenta con internado y se encuentra en los márgenes de uno de los polos urbanos situados al norte de nuestros parajes. Posee un gran predio en el que desarrollar actividades relacionadas con la producción rural, así como equipamiento destinado a tal fin. Su alumnado, que no supera los 150 chicos, se caracteriza por estar constituido casi en un 80% por alumnos provenientes de la capital de la provincia o de otras ciudades igualmente alejadas, en muchos casos jóvenes que fueron expulsados de otras instituciones o que los padres deciden enviar a internados a fin de alejarlos del medio familiar o urbano. Prácticamente

no cuenta con alumnos provenientes de la localidad donde se encuentra emplazado. Todos los internos son varones, puesto que no existe capacidad edilicia que les permita disponer de un espacio diferenciado para mujeres. Su carácter de internado la convierte en lo que Goffman ha denominado “instituciones totales”, entendiéndolo por ello aquellas instituciones en cuyo seno se desarrollan todas las actividades cotidianas del sujeto, aún las más vitales: comer, dormir, recrearse.

La otra escuela a la que nos vamos a referir se encuentra situada en una localidad que dista 50 Km. de la ciudad de Córdoba, al sur de los parajes de donde provienen los jóvenes observados. Su población ronda los 800 alumnos distribuidos en dos turnos. La mayoría de ellos son egresados de las primarias de la localidad donde se encuentra emplazada, en la que ocupa un lugar céntrico. No tiene internado. Reúne a jóvenes de ambos sexos.

La primera escuela excluye, por lo ya señalado, la posibilidad de que asistan allí las chicas provenientes de la zona rural estudiada, quedando la segunda escuela como la opción preferida para las mismas.

La existencia o no de internado marca ya una gran diferenciación en los modos de estructurar la experiencia de los chicos. El hecho de que parte de la jornada no transcurra al amparo del establecimiento escolar, introduce el tiempo de la calle como tiempo amenazante, a la vez que deja al tiempo fuera de la escuela como tiempo vacío de otros significativos, y destapa la ausencia de lo que se ha dejado en el campo. No es poco frecuente escuchar en las chicas que asisten a la segunda escuela la queja por su aburrimiento por no poder trabajar como lo hacían en el campo, y el extrañar a la familia, fundamentalmente en los primeros meses de clase en la ciudad. En ocasiones es la imposibilidad de tolerar este extrañamiento –en el doble sentido que aquí le damos– lo que produce un pronto regreso al punto de partida sin que se haya completado el primer semestre de clase.

La primera escuela, además de brindar el “mundo protegido” del internado, ofrece un espacio material y simbólico que guarda mayores continuidades con el paisaje al que los chicos se han habituado durante su infancia rural. A su vez, su carácter de institución total, obliga a los alumnos a compartir tiempos y actividades más allá de su condición de alumnos, posibilitando interacciones en las que se construyen relaciones de amistad que en gran medida operan como sostenes subjetivos que amortiguan los efectos de la separación de la familia. Sin embargo, esta continua proximidad es también fuente de tensiones y conflictos en la medida en que acerca a jóvenes cuya experiencia social es fuertemente contrastante. Entre los aspectos más sobresalientes en este sentido, cabe señalar lo disruptivo que resulta el encuentro de sujetos que tienen muy diferentes formas de relacionarse con la autoridad y con las normas escolares y cuyos motivos para estar en la escuela son también contrastantes. En tanto constituyen una minoría, los chicos de zonas rurales, acostumbrados a la sumisión a los adultos, se ven continuamente conflictuados por la invitación a realizar prácticas que se les ha enseñado como indebidas, pero que son presentadas por los pares provenientes de la ciudad como condición de la relación de amistad. De todos modos, el escaso número de alumnos, y el posicionamiento particular de los directivos de la institución, para quienes “los chicos del campo” son inmediatamente identificables así como reconocible su situación problemática en la convivencia institucional, posibilita intervenciones que contribuyen a frenar violencias.

En la segunda escuela, en cambio los conflictos que vivencian los chicos son mucho

más silenciosos y menos visibles. Los jóvenes provenientes del campo son una gota más en el mar de alumnos. Se suma a ello que en tanto la mayoría de sus compañeros conforman grupos de amigos que se trasvasan desde las primarias locales, la trama social se muestra menos abierta y porosa para los “nuevos”, menos aún cuando los nuevos son en general chicas que por sus modos de hablar y de vestirse –por señalar dos de las principales recursos expresivos destinados a producir identificaciones, distinciones y francos rechazos– no resultan fácilmente “afines” para las chicas de la localidad. Por otra parte, las conexiones históricas existentes entre las escuelas primarias locales y esta secundaria, redundan en que los alumnos locales anticipen desde los últimos grados de la primaria una serie de saberes que forman parte del contenido curricular como de las formas de relacionarse con los profesores en esta secundaria. Las jóvenes rurales entonces, se encuentran con saberes que los otros han hecho cuerpo y de los que no se encuentran advertidas, al tiempo que no encuentran pares que les adviertan.

Paradojas del pasaje. Breves consideraciones en torno al género

Desde lo reseñado hasta aquí cabe advertir algunas paradojas que se plantean en el proceso de pasaje de los jóvenes rurales, en la zona considerada, paradojas producidas por el encuentro de procesos y lógicas sociales diversos y contradictorios. De un lado, hemos señalado que son las jóvenes las potencialmente destinadas a la realización de la secundaria, en la medida en que su futuro en el campo resulta el más incierto en el marco de los procesos sociales que afectan a las explotaciones familiares rurales, y una organización del trabajo del grupo doméstico que coloca al varón como el heredero natural de la tierra. Las jóvenes son, al mismo tiempo, quienes –y aunque esto no ha sido tratado aquí, vale su indicación para dar cuenta de la serie de determinaciones que concurren a complejizar la resolución subjetiva del proceso de pasaje– quienes en la división de las relaciones entre mundo público y mundo privado, se encuentran relegadas a la intimidad de las relaciones familiares, quedando reservado al varón las relaciones con el afuera familiar. Ahora bien, las expectativas de los padres, las disposiciones de estas jóvenes, y los mundos escolares a la mano, parecen orquestarse para desencajar. El mundo contenido y más o menos protegido del internado, la presencia de adultos que intervengan en situaciones que puedan violentar la residencia de los “chicos del campo”, el paisaje escolar, son atributos de una institución que sólo recepta varones. Décadas atrás existía en una de las escuelas religiosas de una de las localidades próximas, un régimen de internado que desapareció a fines de los ochenta, y que había oficiado de receptora de algunas de las hoy mujeres que en la zona se desempeñan como maestras. Algunas familias recuerdan y lamentan la actual imposibilidad de esta alternativa.

Entre los temores de los padres a la hora de enviar a sus hijos a la ciudad, cuando de lo que se trata es de sus hijas mujeres, la calle se presenta como un espacio de libertad sin control en el que además de las “malas juntas” lo que puede advenir es el embarazo de la hija. No son temores infundados, sostenidos por prejuicios. Entre los casos que observamos, uno de los procesos de pasaje concluyó de ese modo. Y aún cuando no hayan quedado embarazadas, en el caso de otras dos chicas el aferramiento a sus novios mantiene nos obliga a interrogarnos por las fragilidades y las tensiones en las que las jóvenes afrontan la soledad del pasaje, soledad que en parte creemos que es efecto complejo de

estos “ desenchajes” que por ahora sólo conjeturamos.

Bibliografía

Augé, Marc (1996), *Los no lugares*, Gedisa, España.

Bourdieu, Pierre (1991), *El sentido práctico*, Taurus, España

————— (1999), *La miseria del mundo*, Fondo de Cultura Económica, Argentina

Eliás, Norbert (1990), *Sociología fundamental*, Gedisa, España.

Goffman, Erving (1994), *Internados*, Amorrortu.

Schutz, Alfred (1977), *Las estructuras del mundo de la vida*, Amorrortu, Argentina.